

EL VALOR HISTORICO DE GABRIEL GARCIA MORENO

“... Los hombres grandes y distinguidos son siempre los que corren mayor peligro de ser calumniados, porque su sino es, las más de las veces, tan extraordinario como ellos mismos, y también porque, con frecuencia, su postura ante el sino no se amolda sencillamente a lo que cualquiera puede comprender sin esfuerzo”. Son palabras de la gran artista Gertrudis von Le Fort en uno de esos libros suyos a la vez vigorosos y femeninos.

El lector no ignora que tal pensamiento es sobremanera adecuado para juzgar de la situación espiritual de D. Gabriel García Moreno ante la posteridad, y en especial ante la crítica histórica. Harto tiene una figura, para ser comprendida, con haber representado, aunque no sea sino con mediana energía, una tendencia, sobre todo si ésta es extrema. Y García Moreno, como Felipe II, encarna el mayor grado de convicción, de saturación de seguridad en sus postulados; y, en consecuencia, de firmeza, tenacidad y denuedo para realizarlos.

Sorprendido de la titánica vitalidad del político ecuatoriano, quien estudie a García Moreno se preguntará repetidas veces al conocer fabulosas peripecias de su vida: ¿era un hombre o era un elemento? Pues este ejemplar humano, documento inapreciable para elucidar una antropología hispánica, se presenta a nuestros ojos como extraña mezcla de naturaleza y cultura, de ímpetus elementales y delicados saberes, de ruda fuerza y primorosa civilidad. En cuanto ser vital, él ofrece la imagen de un principio fundamental: tiene de la tierra y del agua, del aire y del fuego; en cuanto ser espiritual, es una pura, noble y severa criatu-

ra, que acierta a dar, en tono heroico, una síntesis del hombre vernáculo y antiguo y del hombre moderno.

Se comprende, pues, que una figura de su significación y de sus dimensiones haya sido y sea piedra de escándalo. Recuerda en esto y en otras cosas a Felipe II. Cuando se personifica de modo tan cabal y sin atenuaciones una manera de pensar, los personajes son menos combatidos por la presunta malicia de sus acciones que por su significación doctrinal. Se ataca al símbolo so pretexto de censurar las torpezas y los pecados de la persona.

Varias veces he escrito que eso de la imparcialidad de los historiadores escépticos es una gran patarata, una beatería laica, una patraña farisaica. Todo historiador juzga con determinadas ideas, y si tiene indiferencia ante todas ellas, desde esa indiferencia, que es una prisión lógica de tan fuertes barrotes como la convicción más firme. ¿O es que el escepticismo no es una doctrina y una actitud mental como otra cualquiera? La historia se ha escrito siempre con todos los apremios y deficiencias que las circunstancias del *hic et nunc* y la propia limitación han impuesto al historiador. El cual no vive en la luna, sino en la tierra, ni es una entelequia, sino un hombre de carne y hueso, con ideas, pasiones, necesidades, familia y patria. Cierto que el historiador no debe tener más pasión que la de la verdad; pero es que esta verdad ha de ser la Verdad trascendental, y fuera de ella los historiadores no se dividen en objetivos y subjetivos, o en ecuánimes y apasionados, sino en veraces y mendaces.

El problema fundamental de García Moreno no es, por consiguiente, el de si encarceló, apaleó o fusiló, con justicia o sin ella, a éste o aquel ciudadano del Ecuador. Estas pesquisas hay que hacerlas, si es que en su mayor parte no están ya hechas. Con ellas, junto con la averiguación de los actos de caridad o de prudencia, se contribuye a definir la fisonomía moral de un político, punto cuya importancia parece ocioso encarecer. Evidentemente, la materia histórica es esencial. Mas lo que será objeto de eterna pugna son los supuestos doctrinales, su concepto de la Patria, del poder, del derecho, de la persona humana, es decir, la concepción general en que descansaba su política, el verbo que legitimaba su acción. La biografía de nuestro Rey Don Felipe ofrece todavía y ofrecerá acaso siempre puntos oscuros, que se hurtan a la mirada del historiador como si quisie-

ran envolver al protagonista en un halo enigmático. Pero todo lo que hay de insondable en determinados episodios de su reinado no ha podido evitar el cambio de rumbo que en lo atañedero al Monarca caracteriza a la historiografía reciente, si se la compara con la del siglo pasado. ¿Qué ha ocurrido? Que los historiadores han tratado de comprender los fundamentos de la política filipina. Y no es aventurado suponer que la reivindicación de Gabriel García Moreno obedece a la misma causa.

El estudio que el novelista y biógrafo argentino Manuel Gálvez ha dedicado a García Moreno tiene la pretensión de acercarse al hombre de Estado y a la humana intimidad del político sin que la simpatía y la comunidad de creencias le arrastren a falsear la verdad (1). La precaución es elemental. Y lo que Gálvez pretende puede decirse que lo alcanza en su crónica. Tan apreciable la hace su sencillez expositiva, su ningún énfasis, su neto sabor periodístico, como su integridad moral, su deseo constantemente realizado de decir la verdad. El relato de Gálvez nos da lo que el autor se propone darnos. En el orden de las aspiraciones, podemos y debemos anhelar un estudio magistral del prócer ecuatoriano; pero no es poco que una pluma honesta divulgue el fruto de sus averiguaciones y contribuya a popularizar aquella sombra impresionante. Si el biógrafo ocultara la simpatía que indudablemente le inspira su héroe, incurriría en cándido maquiavelismo. El acierto consiste en no disimular la impresión que aquel hombre de privilegio le ha causado, pero al mismo tiempo en no dejarse arrebatar por los magnos dones que le adornaban. Tanto alarma a Gálvez la apología incondicional como el vituperio sistemático (2).

(1) Manuel Gálvez: *Vida de Don Gabriel García Moreno*. Editorial Difusión, S. A. Buenos Aires, 1942.

(2) La vieja obra del P. Berthe (*García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, Vengador y Mártir del Derecho Cristiano, 1887*) y la reciente de D. Roberto Agramonte (*Biografía del Dictador García Moreno. Estudio psicopatológico e histórico: La Habana, 1935*) representan, respectivamente, el solo amor y la sola aversión hacia el héroe. Con todo, conviene decir que la biografía del P. Berthe es veraz en lo sustancial, en cuanto homenaje justo a quien objetivamente lo merece, y tiene, por tanto, valor histórico; mientras el libro del Sr. Agramonte no pasa de ser un libelo, tan intolerable por falso como por petulante. Véase el análisis que de lo sucio y de lo pintoresco de esta obra han hecho calificadamen-

Y lo cierto es que el autor, aplicando siempre rigurosamente su sentido crítico, hace un retrato de García Moreno en que aquél férreo espíritu, asentado en una sorprendente fisiología, resulta no sólo el primero y más grande de los ecuatorianos, sino uno de los hombres en verdad extraordinarios que ha producido América, y me atrevería a decir que nuestra España, madre también de americanos.

Pocas veces se ha dado un producto tan asombroso de energía física y de energía moral. ¿Quién es este hombre que desciende al cráter del volcán, que recorre, a lomos de caballo, sin tregua ni fatiga, enormes distancias, que promueve y sofoca revoluciones, que acaudilla ejércitos, que debela a una pequeña flota como almirante de dos vaporcitos, que cauteriza en vivo sus heridas, que realiza una fecundísima obra de gobierno, que ama y cultiva las humanidades y las ciencias naturales y que va paulatinamente acendrando su espíritu hasta ascender casi a las cumbres del amor divino? Nos encontramos ante una prodigiosa naturaleza cuya trayectoria no se sabe si es más rica para la experiencia política o para la experiencia psicológica y la religiosa. La insólita personalidad de García Moreno y el fervor con que fué asistido por el pueblo ecuatoriano tentarían a aplicarle el término carisma, empleado alguna vez en España, con el que quedarían designadas sus maravillosas facultades y la sublimación que los ecuatorianos hicieron de ellas. Mas la voz no sólo se presta a empleos abusivos, sino que, como dice el sentido católico de las cosas y ha demostrado Pablo Luis Landsberg, es en sí mismo abusivo y frívolo aplicarla, siguiendo a Max Weber, fuera de la teología (3).

La potencia de García Moreno es de las que plantean siempre la pregunta: ¿qué puede la voluntad humana en la Historia? ¿Puede el hombre dominar los acontecimientos? Cuando la Guar-

te nuestro psiquiatra Dr. Vela del Campo (*Acción Española*, núm. 84, febrero 1936) y D. Carlos Pereyra (*Revista de Indias*, núm. 6, noviembre-diciembre 1941).

(3) "Indica cierta ligereza conceptual el emplear, siguiendo a M. Weber, la palabra "carismático", tomada de la teología, para designar cualidades personales extraordinarias, en oposición a las profesionales. Se contribuye con esto a la frecuente confusión moderna entre la religión revelada y otras cosas. Dones carismáticos son, por su sentido, dones di-

dia Nacional reprime sangrientamente el motín de la Federación, en el segundo aniversario de La Bastilla, se nos muestra con evidencia, igual que en otras ocasiones, la posibilidad de que Luis XVI venciese a la anarquía. Pero sería inadmisibile prescindir de una realidad histórica más viva y honda aún: la obra pre-revolucionaria, que contaba a la sazón medio siglo largo de vida. ¿Fudo extinguirse este magno proceso por el "hecho" de la intervención del Rey? Yo no lo sé. Yo sólo sé que, con eficacia o sin ella, el Rey debió sacudir su indolencia e intentar que las riendas perdidas de la Historia volbiesen a su mano. El caso de Felipe II es muy otro. Don Felipe se nos aparece, en algún aspecto, como la voluntad dominadora de la Historia. El impide que en España penetre la Reforma. Pero en esta misma dirección, creadora y genial, de la voluntad filipina, se encontraba también orientada toda la amplísima corriente histórica del pueblo español. Los actos de Felipe II traducían, pues, la realidad histórica soterraña; los de Luis XVI debieron buscar la transformación de esa realidad.

El suceder histórico es, por tanto, en parte, indominable: los acontecimientos no prolongan en todo la historia del espíritu. El espíritu puede, sin embargo, "dirigir" y "derivar", es decir, mantener delante una idea valiosa y poner y quitar obstáculos a los impulsos cuyos movimientos realizan la idea (Scheler). El espíritu, añadamos, debe luchar denodadamente por la verdad, en la certeza de que este esfuerzo tiene siempre una fecundidad, aunque a veces impalpable. Operando sobre un pequeño pueblo logró García Moreno dirigir efectivamente sus destinos, someter en cuanto cabe el porvenir, modelar lo venidero. Por unos años, en su estrecho y amado ámbito, el Presidente del Ecuador

rectos del Dios personal al hombre. Tanto el concepto como la cosa no pueden existir más que en la religión revelada. El que existan o no es una pura cuestión de fe; pero esto no da derecho ninguno a confundir su concepto teológico con otros conceptos. En realidad, y tomando el concepto en su sentido estricto (¿y por qué no había de tomarse?) no hay "personalidades carismáticas", sino sólo carismas que se otorgan a personalidades. El carisma puede dominar y penetrar a la persona; pero la única persona a quien estrictamente podría llamársele carismática sería Al que otorga todos los carismas." (Landsberg: *La Academia platónica*, pág. 188.)

probó experimentalmente la verdad de la sentencia: "a despecho de los fatalistas, una parte del acaecer humano depende de la intervención de los hombres" (Bainville).

La vida y la obra de García Moreno sirven, como pocas, de punto de referencia para estudiar el problema candente —contemporáneo y eterno— de la conexión entre lo espiritual y lo temporal. Su actitud misma plantea sin más la cuestión de las relaciones entre política y religión. Al hablar de su actitud me refiero no a sus actos políticos, sino a la creencia de que el poder público puede ser un instrumento al servicio de los más altos intereses espirituales y a la decisión que le llevó a conquistarlo movido por tal idea. Esto es lo interesante para la filosofía política. Cuando se lee a Maritain, el respeto y aun la admiración no impiden pensar en lo poco que respetará y en lo nada que admirará a García Moreno, extremoso a veces, además, al llevar a la práctica un pensamiento que tantos testimonios de Roma tiene a su favor. En América, donde la influencia de Maritain ha sido en algunos aspectos provechosa, convendría neutralizar lo que tiene de nociva mostrando, justamente a cuento de un americano como García Moreno, que es falso y dañoso ese a modo de monofisismo histórico que profesa el pensador francés. Mejor punto de partida para salvar a la religión —y desde luego para entender a García Moreno— es el que facilita el límpido aforismo de Péguy: "lo espiritual descansa constantemente en la tienda de campaña de lo temporal".

Sí; García Moreno estaba en lo cierto. Todo, incluso la fuerza, nos ha sido dado para cooperar a la fecundidad de la Redención. La dificultad está en llevar a la práctica esta idea sin menoscabo de la justicia. ¿Estuvo García Moreno siempre en lo cierto? ¿Fue siempre prudente, siempre justo? Manuel Gálvez pinta con detenimiento la ascensión gloriosa hasta las cimas de la caridad de un espíritu ganado por el motín de la sangre, como Quevedo llamaba a la ira. Esta lucha es una de las más conmovedoras y edificantes del mundo moderno. La política se asocia aquí a los misteriosos fenómenos de la vida espiritual. García Moreno fué el protagonista de un drama espléndido que él vivió rodeado de su pueblo, como el protagonista por el coro, y que ningún poeta ha sabido llevar a las tablas. La política era su peligro necesario, y él la convirtió en palenque de perfección, en puro

deber y servicio a Dios y a su Patria, en piedad —que es en lo que consiste el patriotismo—. El bien profano era su bien sagrado. Por eso su inmolación fué un religioso y voluntario holocausto.

La muerte de García Moreno tuvo la grandeza que su vida pedía. ¿La de un clásico de la Antigüedad? Pues entonces habría que aplicarle las inmortales palabras que Platón, en el *Gorgias*, dirige a los atenienses: “Creéis haber aniquilado a Sócrates con vuestra sentencia. Sin embargo, yo os digo que es mejor padecer la injusticia que hacerla.” Pero, además de un hombre del mundo antiguo, García Moreno fué un varón de Cristo, y por eso un gran Papa le erigió aquel monumento donde se le llama *guardián integérrimo de la Fe*. Había luchado por la Fe y su obra careció de continuidad. Los pueblos jóvenes no tienen instituciones que la aseguren. América —ha dicho Hegel, y podemos repetir nosotros en 1944— no ha llegado aún a la edad de la Monarquía.

J. L. VÁZQUEZ DODERO.

